

Cuentos 4

Historias únicas

Fernando Suárez Obando

Suárez Obando, Fernando

Historias únicas. Cuentos 4 / Fernando Suárez Obando. -- 1a. ed. -- [Colombia] : F. Suárez Obando, 2021 (Autoreseditores.com).

84 p.

Daguerrotipo -- Bautizo -- Divinidad antropomorfa con asta descomunal -- Ñapa -- Despedida en ocho pasos -- Imagen y semejanza -- Rutina -- Mandriles.

ISBN 978-958-49-1743-0

1. Cuentos colombianos - Siglo XXI I. Título

CDD: Co863.5 ed. 23

CO-BoBN- a1069039

Cuentos 4 – Historias únicas

Fernando Suárez-Obando

Corrección de estilo

Ana María Correa

Diagramación

Verónica Prada

Diseño de carátula

Juan Manuel Masiero

ISBN 978-958-49-1743-0

Primera edición: febrero de 2021

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Impresión y distribución

autoreseditores.com

Contenido

Daguerrotipo	7
Bautizo	17
Divinidad antropomorfa con asta descomunal.....	25
Ñapa	47
Despedida en ocho pasos.....	59
Imagen y semejanza.....	69
Rutina	73
Mandriles	79

Daguerrotipo

|

La vejez, lo propio de los años idos. Año tras año he compartido la cama con ella, todo tipo de noches, de amor, de odio, de pasión, de costumbre, de frío, de partos, de llanto, de familiares alienados, muertos, fantasmas, noches y madrugadas de hijos escondidos entre las montañas progenitoras, cordilleras de cuerpos disimuladas por las mantas y las cobijas. Sudor y lágrimas en cada sábana, la costumbre, el calor, la rutina del amor viejo.

La lucha cotidiana que siempre se rendía ante la cama, en esta cama, nuestra única cama a lo largo de los años. La cama reflejada en el gran espejo que flanquea la cómoda. El espejo, el espectador pasivo de cada acontecimiento, cada grito, gemido y sonrisa, carcajadas y ebriedad. Todo quedó guardado en la luz del espejo, un lienzo de infinitos colores que absorbió la realidad, el lienzo de luz que ahora mismo me devuelve un mensaje frío como el vidrio, un mensaje sin duda ni titubeo. El espejo me grita que decaigo poco a poco, camino a desaparecer.

La familia duda de mí, creen que de este viejo solo está quedando el forro, un cuerpo arrugado, agrietado y débil. Ellos piensan que mi mente se evapora y que, en poco tiempo, regresaré a la tierra infancia, pero vestido de ancianidad y adornado de ansiolíticos. ¿Cómo saber que es así? Solo siento el peso de los años, sin sentir la pérdida de mi esencia. Siento que soy viejo y nada más. ¿Y si no lo noto? Sí, es verdad, mi mente se está borrando y mis facultades se están disipando en la bruma atrófica de un cerebro cansado. Entonces no sabré diferenciar lo que fui de lo que aún queda, seré incapaz de discernir entre un proceder anómalo y la incapacidad para juzgar mis facultades. ¿Qué haré mientras tanto?

Vendrán los médicos a decidirlo por mí. Los conozco muy bien. Fui uno de ellos. Y serán ellos los que señalen la dirección, destino, lecho y techo de mis últimos días. Me enviarán a un apacible nosocomio de viejos domesticables. Los hijos pagarán para que mis caderas no tengan escaras y pagarán para que me limpien las babas escurridas, pagarán por una inyección letal y pagarán para que me largue de este mundo donde los viejos estorbamos. Después de haberle limpiado las piernas de su propia mierda, los hijos se harán los de la vista gorda con mis excretas y enviarán a una auxiliar a que me dibuje la dignidad con narcóticos y sábanas blancas. Una vez demente, una vez muerto en vida, demencia real o ficticia, la palabra de un galeno siempre triunfa sobre las canas y la calvicie, ni pataleo, ni diplomas, ni mis pasadas glorias valdrán un sieso frente a la sentencia. Al retiro viejo David, a impregnarte de neurolépticos y a vivir en las neblinas de la calma farmacológica. Te daremos dignidad.

Hace seis meses se encendieron esas preocupaciones en mi cabeza, porque los vi, los oí, hablando de mí y de mi bienestar, mis hijos y la Bruja preguntándose cuál sería el mejor lugar del mundo para mí. ¿Por qué no ven que soy feliz aquí? Aquí entre mis sábanas viejas y mi incontinencia, quiero morir alucinando entre mis excrementos, untando mi viejo colchón, pateando mis libros y escuchando el cristo que la Bruja colgó sobre la cama hace tantos años.

Quiero blasfemar sobre la vida y morir sodomizando un sueño, morir acá en mi cama y no morir demente, sino morir como un loco de dicha, la dicha de morir en la casa que levanté de la nada, la casa que esos hijos y esos yernos y las nueras se quieren llevar de mis manos, esos hijos que no son míos. Los míos eran tiernos y rosados y amorosos con mi calva y mi panza y mis resabios. Esos hijos se han ido, los que veo se parecen, pero son otros, son hijos de otro hombre. Mis hijos me amarían, estos hijos quieren enterrarme vivo bajo jardines apacibles. Bajo un sol color retiro, sol color pensión, sol color trío de guitarras para abuelitos, luz de tedio, esperando la muerte con un grupo de condenados, extraños oliendo a lavanda y alcanfor.

II

Sabiendo de la brevedad del tiempo y de la cercana camisa de fuerza, sé que mi momento se hace escaso. Debo emprender una última tarea, una última batalla antes de entregarme sin chistar a los diagnósticos, buscar la última victoria del último día de sensatez.

Este viejo, este Yo, cuerdo de razón y verdad, solo sabe que aún, si su mente se está quebrando, tiene tiempo de definir un tema que ha rondado su pensamiento durante años, aún hay tiempo de engañar a los hijos y a la Bruja y fingir cordura y modales, hacerles pensar que aún puedo afeitarme y hacer el nudo de la corbata.

Aún hay tiempo de engañar a los médicos, sabuesos de horror, carceleros de bata blanca que basan su experticia en libros mentirosos que hablan de razas ajenas, caucásicos idealizados, taxonomías absurdas y experimentos en perros. Aún hay tiempo de hacerles creer que mi facultad es la adecuada y que no miento cuando digo la fecha exacta y que no me equivoco al identificar al gato como gato y al perro como perro y al Doctor como Doctor y al carnicero

en su oficio de buscar astillas enterradas en las venas de una vaca. Aún, el tiempo me pertenece.

Cada noche, desde hace seis meses, espero a que la Bruja desaparezca de este mundo y al escuchar su ronquido suave, me levanto y busco al gran espejo, me instalo frente a él, lo saludo con una venia lenta, inclino la cabeza, cierro los ojos y lentamente enderezo mi postura, libero los ojos separando poco a poco los párpados y enfoco mi mirada en lo que queda de mí.

De pie frente al espejo, desnudo, observando mi cuerpo en decadencia, los vellos blancos del pecho. Viejo sin brillo en los ojos, las cejas desordenadas, el abdomen péndulo que cubre mi asta flácida y un par de testigos que cuelgan como criadillas de toro viejo, mis rodillas secas, mis manos manchadas, las uñas largas a medio cortar, las uñas a medio morder, las uñas amarillas, los tobillos con extraña apariencia juvenil, los brazos anchos que aún dibujan en el reflejo, los rezagos de mejores tiempos, mis labios secos, dientes amarillos, mi lengua saburral, mi cuerpo y nada más. Arrugado entre las arrugas, manchado de vida, viejo calvo y fofo de existir, soy un libro de mapas, carreteras y rutas recias.

La marea del tiempo y la vejez, las marcas en el cuello, las arrugas y los surcos de la cara, las bolsas de los ojos, la nariz bulbosa, mi vida dibujada en un mapa macular, el veterano de una vida cualquiera, cicatrices y cortadas a medio remendar. Veo mi cuerpo moribundo y de verdad veo la vida, paradójico memorial de años que a medida que se acerca a su fin, demuestra más vida que un crío.

Ahí estás, hermoso de viejo, memorial de risas, gestos, marcas y llantos, las lágrimas surcaron mi rostro, horadaron mis mejillas y las líneas en la piel seca le dieron cauce a la sal de mis ojos. ¿Qué más puedo darle al mundo sino mi cuerpo ajado, golpeado y molido por los cuerpos de otros en mi ser? Solo queda este monumento, eso es todo lo que queda después de una vida, un atado de piel can-